

en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de descomunión, no había visto ni leído tan linda carta como aquella.—Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo Don Quijote.—No señor, respondió Sancho, porque, después que la dí, como ví que no había de ser de mas provecho, dí en olvidalla; y, si algo se me acuerda, es aquello del *Sobajada*, digo, del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte*, *El Caballero de la Triste Figura*: y en medio destas dos cosas, le puse mas de trecientas almas y vidas y ojos míos.”

CAPÍTULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.

“**T**odo eso no me descontenta; prosigue adelante, dijo Don Quijote. Llegaste, y ¿qué hacia aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero.—No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.—Pues haz cuenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo, el trigo ¿era candeal ó trechel?—No era sino rubion, respondió Sancho.—Pues yo te aseguro, dijo Don Quijote, que, ahechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna; pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿púsoela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ó ¿qué hizo?—Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y díjome: Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aqui está.—¡Discreta señora! dijo Don Quijote; eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella: adelante, Sancho; y en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿qué te preguntó de mí? y tú, ¿qué le respondiste? acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima.—Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peinarse